

Yo no lloro

Un nuevo día amanece en Gaza. Mis hermanos, Jala y Karim, aún duermen inconscientemente, mientras mi amiga Hafsa me ayuda a levantarme entre los escombros de nuestro colegio, derrumbado por los israelíes hace dos días. Los que hemos logrado sobrevivir permanecemos refugiados aquí.

- ¿Cómo estás, Adina? – me pregunta. Hafsa perdió a su hermano Mohammed, de tan solo cuatro años, en el bombardeo. Estuvo buscándolo durante un día entero, pero lo único que pudo encontrar fue el cadáver del niño sepultado sobre los restos de su antigua clase. - ¿Tus hermanos, bien?

Hafsa rompe a llorar de nuevo. Yo la abrazo fuertemente. No sé qué sería de mí sin mis hermanos. Son lo único que me queda, y yo soy la única que puede sacarlos adelante en estos tiempos.

- Hafsa. – le digo. – Hay que buscar algo para comer. Cuida de ellos.

Me agacho al lado de Jala y le doy un beso, lo mismo hago con Karim. Lo hago siempre, por si no vuelvo.

Me abro paso entre las decenas de niños que han corrido la misma suerte que nosotros. La mayoría de ellos no llega a los diez años, y los que tienen nuestra edad son todos varones. Es un milagro que Hafsa y yo aún sigamos aquí, que no nos hayan casado.

- ¡Adina, Adina!

Me giro bruscamente al reconocer la voz de mi prima Liynaa, aunque no logro distinguirla entre todos los refugiados. Corro gritando su nombre, sorteando los escombros y despertando a todo aquel sobre el que caigo encima, pero no me importa, porque lo único que quiero es encontrar a mi prima. Pensé que, como tantas personas a las que conozco, también habría muerto.

Finalmente la veo y ella también empieza a correr hacia mí. Nos fundimos en un consolador abrazo. Ella llora y yo giro la cabeza intentado encontrar a sus hermanos, a mis primos. Decido preguntarle, temiendo lo peor.

- Liynaa, ¿dónde están Namîr y Omar? – mis primos son gemelos y cumplieron seis años el mes pasado. Después de Jala, Karim y mis padres, Liynaa, Namîr y Omar son lo que más quiero en el mundo.

Mi prima calla.

- ¿Liynaa? – repito. - ¿Dónde están tus hermanos?

Liynaa niega con la cabeza, se apoya sobre mi hombro y llora. Yo la abrazo, como hice con Hafsa, pero yo no lloro, a pesar de que me siento hundida. No quiero creerlo. Adoraba a aquellos niños y me atormenta cómo contárselo a mis hermanos; pero yo no lloro. Soy la única

refugiada que no ha llorado, ni siquiera cuando Karim estuvo desaparecido y había perdido toda la esperanza: yo no lloré. Ni siquiera cuando se llevaron a mamá: yo no lloré. Yo solo he llorado una vez en mi vida, y no lo volveré a hacer. Porque aquel día derramé más lágrimas que todos los niños que sobreviven habiendo perdido a su familia. Ni siquiera si me encontrara sola, si todas las personas a las que quiero muriesen, yo no lloraría. Jamás podré sentirme más desolada y abandonada que aquel día.

Liyana me lleva al lugar donde se encuentran los cuerpos de sus hermanos. Aún muertos los distingo perfectamente: Omar tiene un lunar en el cuello del que Namîr carece. Cualquiera diría que duermen, viendo la paz y tranquilidad que expresan sus rostros infantiles. Estoy segura de que no sufrieron, ni se dieron cuenta, fue un golpe fuerte y se durmieron enseguida. Le digo lo que pienso de la muerte de mis primos a Liyana para intentar consolarla.

Cojo a Omar en brazos y Liyana a Namîr, y ambas nos dirigimos hacia Hafsa, que no puede evitar volver a llorar al ver más cadáveres de niños pequeños, como si no tuviera suficiente con el de su hermano. Mi amiga coge a mi primo y así yo puedo hablar tranquilamente con mis hermanos, que acaban de despertar.

- Jala. – llamo a mi hermana. Jala tiene once años y Karim siete, son tan pequeños... Yo tengo dieciséis. Aun así jamás podré ser una madre para ellos, ni un padre, tan solo su hermana mayor que los cuida y los quiere más que a nadie. Por mucho que lo intente, ese amor que les tengo no puede suplir al de unos padres. Ese sentimiento me aterra cada noche antes de dormirme. Temo no ser suficiente para ellos. – Jala, tengo que hablar con vosotros.
- ¿Qué pasa, Adina? – pregunta Karim.

Tomo aire y antes de hablar abrazo a mi hermano. Yo no lloro, pero sufrí muchísimo durante aquellas horas en las que pensaba que no volvería a ver a mi hermano nunca más. Desde ahora no me separaré de ellos, son lo único que me importa.

- Liyana está aquí.

Jala se levanta rápidamente y grita el nombre de su prima, contentísima. Liyana la oye, se gira e intenta sonreírle, mientras esconde los cuerpos de sus hermanos para que no los descubran sus primos.

- Jala, ven, siéntate, Karim, tú también. – digo a los niños. No sé cómo lo voy a decir. Supongo que haré lo mismo que aquel día, pero esta vez no lloraré. – Liyana está aquí, pero Namîr y Omar no.
- ¿Por qué? – pregunta Karim.
- Porque no, Karim. – respondo, mientras lo siento en mi regazo. – No van a venir.

Jala está muda. Ella ya es mayor, entiende la situación y sabe lo que significa que no van a venir. No dice nada para no herir a su hermano, deja que lo haga yo, que tengo más experiencia en hablar sobre las marchas de las personas a las que queremos. En verlas marchar, sobre todo, soy experta.

- ¿Pero por qué no? – vuelve a preguntar mi hermano.

- Karim. – vuelvo a abrazarlo. – A veces hay cosas que no tienen explicación. Namîr y Omar no van a volver porque no pueden, igual que mamá, ¿entiendes? Hay que ser fuertes, Karim. Sé que es difícil pero tenemos que ser valientes.
- ¿Quieres decir que ellos también están muertos?

No respondo a la pregunta de mi hermano y me limito a dejarme abrazar mientras él llora. Enseguida Jala se sienta en mis piernas y también empieza a llorar. Todos los niños nos miran, sobre todo a mí, extrañados, porque no lloro, y tan solo miro a la nada, como aquel día, esperando una respuesta.

Porque aquella mañana de aquel día me levanté sobresaltada al oír ruido en la cocina. Comprobé que Jala y Karim dormían y bajé a ver lo que ocurría. Vi que papá guardaba cosas en una bolsa muy grande donde también había mucha ropa.

- ¿A dónde vas, papá? – pregunté. Lo único que sabía era que mi padre no tenía que ir a trabajar aquel día y no tenía ningún motivo para irse tan temprano.

Papá levantó mi barbilla con su mano y me miró un instante. Terminó de cerrar la bolsa y abrió la puerta de la casa. Lo seguí, pues quería saber hacia dónde se dirigía y por qué no podía decirlo. El día anterior se había derrumbado el hospital e intensificado los ataques. Yo pensaba que papá no tenía que trabajar precisamente por eso.

Corrí a la puerta de casa y vi cómo mi padre se alejaba. Grité con todas mis fuerzas, pero a pesar de escuchar mis gritos, no se dignó siquiera a girarse para darme una explicación. Salí disparada corriendo detrás de él, gritando y preguntando por qué se iba, por qué nos abandonaba, si era por culpa de mamá, por culpa de Jala o Karim, o si era por mi culpa. Corrí como jamás lo había hecho hasta que me di cuenta de que había llegado demasiado lejos y no sabía volver. Me giré tan solo un instante para observar la distancia hasta mi casa, y en ese segundo perdí de vista a mi padre para siempre. Me senté en el suelo a esperar, aún gritando su nombre, gritando que por favor volviera, y que no me dejara. No volví a saber nada de él. Nos abandonó, eso es todo. Aquel día me prometí a mí misma no volver a llorar nunca más, porque aquel sería el día más triste de mi vida. Me dije que jamás volvería a pasarlo tan mal, que jamás volvería a sentirme tan triste y que volvería a ver a mi padre.

Me daba igual donde estuviera, recorrería el mundo entero para encontrarle, y no volvería a llorar. Nunca volvería a llorar.

Pero hoy, rememorando el peor día de mi vida, no he sido capaz de cumplir mi promesa.